

# La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones

*Raúl Fuentes Navarro*\*

## *Presentación*

Este trabajo responde a la convocatoria de este coloquio *desde* un proceso personal, aunque no individual, de búsqueda de explicaciones más o menos abstractas, más o menos generales, de las condiciones y los sentidos vividos desde 1970 en la práctica de las "ciencias de la comunicación", que ha generado productos más o menos conocidos por los participantes. Pero mi respuesta a la convocatoria incluye también un *hacia* muy específico, puesto que este coloquio se celebra a la mitad del proceso de investigación que realizo desde hace dos años como tesis doctoral sobre el mismo objeto que nos convoca: el campo académico de la comunicación. Por ello confieso tener mucho mayor interés en los aportes de los que pueda apropiarme en este coloquio que en los que pudiera ofrecer como novedades a los demás, lo que sí espero poder hacer al concluir la tesis.

Dado que mi proyecto enfoca las "determinaciones socioculturales" de este campo (Fuentes, 1991) y se centra sobre todo en las estructuras y prácticas de la investigación en México, mi participación en el coloquio puede estar demasiado sesgada por las construcciones teórico-metodológicas que sustentan este proyecto, que obviamente representan un punto de vista sobre el que

\* Profesor Numerario del Departamento de Comunicación del ITESO.

se ha optado y que por ello dejan de lado otros puntos de vista posibles sobre el mismo objeto. Sin embargo, es más probable aún que en mi versión reconstructiva y reflexiva del campo pesen todavía demasiado los elementos de la memoria subjetiva, en proceso de *objetivación participante*, clave metodológica tomada de la propuesta de Bourdieu para una "sociología reflexiva", en este caso "autorreflexiva" (Bourdieu, 1988, 1990).

Ahora bien, aunque el tema del coloquio señala claramente una delimitación mexicana, mi participación abarcará dos escalas más amplias, la estadounidense y la latinoamericana, que considero indispensable abarcar para explicar con mayor alcance el caso nacional, que *no es* especialmente notable en el desarrollo internacional del campo de la comunicación. En un resumen del argumento que pretendo exponer, a manera de hipótesis, cabe reconocer que la *institucionalización* de la comunicación como carrera universitaria y como campo de producción de conocimiento académico en México, sigue pautas que no se originaron en México, y que en todo caso las especificidades nacionales del *campo académico* formado alrededor de las actividades universitarias de investigación y de formación profesional en comunicación son producto de factores tanto nacionales como, digamos, transnacionales, concretamente los manifiestos con mayor fuerza en Estados Unidos, por una parte, y en América Latina como región, por otra.

Por ello presento este trabajo dividido en tres secciones, que remiten respectivamente a visiones del campo en Estados Unidos, en América Latina y en México, tratando de articularlas mediante el concepto de *institucionalización académica* y subrayando distinciones conceptuales y empíricas entre *campos*, *disciplinas* y *profesiones* de la comunicación en las tres escalas espaciales. La primera sección es más bien una reseña, notas de lectura. La segunda va un poco más allá: por supuesto, con toda la provisionalidad del caso, es ya una versión que intenta sintetizar una especie de diagnóstico auto-

crítico de académicos latinoamericanos de la comunicación. La tercera sección, referida a México, es sobre todo una invitación al debate o, más bien, la respuesta a la invitación cursada y formulada por los coordinadores del coloquio.

### *Del fermento al futuro del campo en una década*

El número de verano de 1983 del *Journal of Communication* estuvo dedicado, bajo el título *Ferment in the Field* (fermento en el campo), a explorar las implicaciones y proponer respuestas a una serie de "cuestiones sobre el papel de los académicos e investigadores de la comunicación, y de la disciplina en su conjunto, en la sociedad". La importancia de la revista de la ICA en la comunidad internacional de estudiosos de la comunicación y el interés que suscitó la convocatoria de los editores para abordar este tema, generó un conjunto de 35 ensayos para el número y una polémica que continuó en los años subsiguientes, sin llegar realmente a agotarse.

De hecho, la recurrencia del debate autorreflexivo parece ser una característica esencial del campo de estudio de la comunicación en Estados Unidos, donde se institucionalizó primero y más sólidamente que en cualquier otra parte del mundo. Es clásico (y referencia constante en *Ferment in the Field*) el debate que suscitó un breve artículo de Bernard Berelson ("The State of Communication Research") publicado en el número de primavera de 1959 del *Public Opinion Quarterly*, en que anunció que el campo se estaba "marchitando". De inmediato, en el mismo número de la revista, Wilbur Schramm comentó que "el cadáver parecía extraordinariamente vivo"; David Riesman resaltó la creatividad de algunas investigaciones entonces recientes, y Raymond Bauer interpretó las palabras de Berelson más bien como un "desbordamiento de fronteras". Berelson se refería a la pobreza teórica del campo; los demás, especialmente

Schramm, a su creciente fortaleza como institución académica.

En el debate de 1959, así como en el de 1983, la distinción establecida en los cuarenta por Paul Lazarsfeld entre la investigación "administrativa" y la "investigación crítica" fue un eje organizador muy socorrido. Habría que recordar que tal distinción tenía por objeto *relacionar* la investigación orientada a la construcción de sistemas "técnicamente superiores" por la corriente positivista dominante, representada por el propio Lazarsfeld, con los aportes de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en la persona de Theodor Adorno, a quien Lazarsfeld asignó la tarea de "explicar las cuestiones cruciales". Ambos trabajaron juntos a finales de los treinta en la Oficina de Investigación de Radio en Princeton, donde Adorno fue director musical y Lazarsfeld director general, antes de partir cada uno a las universidades donde realizarían sus respectivas obras mayores; el primero a Berkeley y luego de regreso a Frankfurt, mientras el segundo se dirigía a Columbia, sede del célebre *Buró de Ciencia Social Aplicada*.

No deja de ser interesante que los términos de Lazarsfeld se hayan convertido en la fórmula de una oposición y, como tal, en una clave de interpretación de la crisis o "fermento" del campo de la comunicación en los ochenta. Muchos autores adoptaron como clave epistemológica la "inconmensurabilidad de los paradigmas" de Kuhn (1962) y la oposición empirismo/racionalismo, para explicar, por factores extracientíficos, la divergencia entre la investigación "administrativa" y la "crítica". La distinción entre la organización social del campo y su institucionalización intelectual está asociada a esa divergencia. Entre otros, un artículo de Melody y Mansell en *Ferment in the Field* aborda directamente esta clave:

Las más profundas fuentes de fermento en el campo de la comunicación se encuentran en los vínculos o alineamientos de la teoría y la investigación con factores políticos y económicos. Para el investigador llamado empírico

o administrativo, se excluyen del análisis los asuntos relacionados con la estructura de las instituciones económicas y políticas (y a veces de las instituciones sociales y culturales también), la centralización del poder, las características de las relaciones dominante/dependiente y los incentivos de los intereses parciales. Las premisas de la investigación crítica contradicen y desafían los fundamentos de la tradición administrativa, al poner en cuestión y enfocar los esfuerzos de investigación sobre los cambios en las relaciones asimétricas políticas y económicas —y al concluir que éstas son precondiciones del cambio significativo (Melody y Mansell, 1983: 104-105).

Este *dualismo* refleja el impacto del debate que Kuhn introdujo en el campo de la filosofía y la historia de la ciencia y desde ahí el afán de legitimación intelectual de la investigación de la comunicación en *oposición* a la legitimación social de la práctica, aun en el entorno académico liberal y fuertemente apoyado de Estados Unidos. Melody y Mansell planteaban la divergencia en términos que nos resultaban, hace diez años y todavía en la actualidad, muy familiares en América Latina:

Las distinciones fundamentales no radican en el ámbito abstracto de la teoría y la metodología. Radican en la selección pragmática de los problemas del mundo real y el uso subsecuente de técnicas de investigación para conducir el análisis. La base real de la dicotomía entre las tradiciones crítica y administrativa radica en el alineamiento de los investigadores al *statu quo* contra los cambios en las relaciones institucionalizadas de poder económico y político. Una trayectoria que no lleve a un debate interminable sobre dicotomías irreconciliables comienza con el supuesto de que toda teoría e investigación en ciencias sociales incluye tanto elementos objetivos como subjetivos. Estos elementos se aparean a través del proceso dinámico de la actividad de la investigación que se mueve en una relación dialéctica entre la teoría y la práctica. De manera que las diferencias entre las tradiciones de investigación existen. Están vinculadas con los objetivos económicos, políticos y sociales que permean la práctica de investigación. No son meras disputas teóri-

cas que puedan resolverse por medio del debate académico (*ibid.*: 109-110).

Esta cita ilustra, a mi manera de ver, cómo la divergencia percibida en términos de "paradigmas" tenía raíces *disciplinarias* tanto como ideológicas (en el sentido político), y permite hipotetizar que la ambivalencia de la *constitución como disciplina* de la investigación de la comunicación es lo que, al "cruzarse" con los patrones ideológicos de la dependencia y el "subdesarrollo", y con los "objetivos económicos, políticos y sociales" de la investigación en los países latinoamericanos, generó una oposición maniquea que obstaculizó el desarrollo metodológico del campo al hacer irreconciliables, por ejemplo, el *empirismo* asociado a los estudios "administrativos" o "funcionalistas" y el compromiso con la transformación social asociado a los análisis "críticos". Uno de los investigadores norteamericanos con mayor experiencia en la investigación de la comunicación en América Latina, Everett Rogers, llegó a plantear que la *síntesis* entre la investigación crítica y la administrativa se generaría en Latinoamérica, donde ambas corrientes estaban en una relativa "igualdad de fuerzas", pretensión que ha sido retomada por muchos latinoamericanos.

Esta clave no es la única pero quizá sí la predominante en los ensayos reunidos en *Ferment in the Field*. George Gerbner, editor del número, tituló su epílogo "La importancia de ser crítico —cada quien a su modo" y en él fijó su posición:

El principal debate académico, como indica este simposio, no es tanto entre la investigación "crítica" y la "administrativa" (ya que ambas son necesarias para diferentes propósitos) sino entre diferentes acercamientos a las funciones fundamentalmente críticas de la academia (Gerbner, 1983: 356).

Para recuperar el sentido crítico de la academia, a su propio modo, Gerbner argumenta que las oposiciones entre conocimiento básico y aplicado, entre ciencia y

arte, entre análisis cuantitativo y cualitativo, no se sostienen ni lógicamente ni prácticamente, independientemente de las razones *históricas* que lo hicieron creer así. Porque, finalmente,

La tarea crítica de una disciplina es interpelar los términos del discurso y la estructura del conocimiento y del poder en su propio ámbito y contribuir así al desarrollo humano y social. Aquellos que buscan y que luchan por ese fin son académicos críticos en el mejor y más básico sentido de la palabra. Ellos deben ser capaces de buscar y luchar sin inhibirse por los mitos que les quitan las oportunidades o los medios a su alcance. El fermento en el campo, su expresión y respuesta ante él en este simposio, atestigua la vitalidad de la disciplina y su capacidad de acometer las tareas críticas (*ibid.*: 362).

Diez años después, la "misión" de la disciplina no puede formularse en los mismos términos, comenzando porque la identidad de la propia disciplina está, como nunca antes, en duda y es mucho menos explícito el compromiso de los investigadores con su papel social como académicos. El *Journal of Communication*, celebrando el décimo aniversario de *Ferment in the Field*, dedica sus números de verano y otoño de 1993 a "un reconocimiento colectivo del saber académico de la comunicación y su futuro" bajo el título, precisamente, de *El futuro del campo*. Los editores, Mark Levy y Michael Gurevitch, sintetizaron en la convocatoria a las colaboraciones un marco deliberadamente provocativo y posmoderno para el nuevo debate, ahora llamado "reconocimiento":

- Las controversias pasadas en el saber académico de la comunicación han sido en buena medida resueltas y no han emergido nuevas controversias de ese orden teórico. La "comezón" por descubrir un paradigma universal de la comunicación ha sido sustituida por una cómoda aceptación del pluralismo teórico.

- El saber académico de la comunicación está renuente y es incapaz de influir tanto la práctica del periodismo y la comunicación como la formulación de políticas co-

municacionales. En el futuro, deberá orientarse más a la investigación socialmente relevante.

- Al saber académico de la comunicación le falta *status* disciplinario porque carece de un núcleo de conocimiento y por tanto la legitimidad institucional y académica sigue siendo una quimera para el campo.

- La guerra fría política ha terminado, pero las batallas ideológicas y metodológicas —como las que se dan entre los deterministas psicológicos, culturales, económicos, textuales y tecnológicos— continúan fragmentando nuestro campo.

- La cuestión de los efectos de los medios permanece como la caja negra perpetua de la investigación de la comunicación y aun plantea las preguntas menos contestadas (Levy y Gurevitch, 1993: 4).

Entre las colaboraciones recibidas se encuentra un número "insuficiente" proveniente de "las ricas tradiciones fuera de los Estados Unidos" (de los 26 artículos incluidos en el primer volumen, sólo uno, del italiano Paolo Mancini, tiene origen "latino"), pero hay muchas más mujeres entre los autores que diez años atrás, hechos que resaltan los editores, antes de explicar por qué subtitularon *El futuro del campo* con una disyunción: *entre la fragmentación y la cohesión*.

Para sobresimplificar (pero sólo un poco), vemos el campo académico de la comunicación más o menos como una distribución modal de dos-y-medio: una parte, ciencia pura del comportamiento; una parte, estudio humanístico interpretativo; y una tercera, mucho menor, pizca de estudios sobre políticas de comunicación. Varios de los ensayos que siguen consideran si este estado de cosas es bueno, malo o indiferente para el saber académico de la comunicación (*ibid.*: 5).

Sin duda, hay una gran distancia entre los planteamientos de *Ferment in the Field* y los de *The Future of the Field*, que marcan de alguna manera el horizonte actual del campo. Para comenzar a explorar ese horizonte, en este primer acercamiento a la más reciente revisión del cam-



po por los académicos del "primer mundo", convocados hace unos meses por el *Journal of Communication*, sólo consideraremos algunos de los artículos de la primera sección del primer volumen, aquellos agrupados editorialmente bajo el rubro "El *status* disciplinario de la investigación de la comunicación", que son los que corresponden más a los propósitos de este trabajo.

El artículo que abre la sección es el del sueco Karl Erik Rosengren, que en *Ferment in the Field* cuestionaba si había en "La investigación de la comunicación ¿un paradigma o cuatro?". Ahora desde su título "Del campo a los charcos de ranas" (sin signos de interrogación) afirma que el eje de las discusiones se ha desplazado de la dimensión cambio radical/regulación social (es decir un eje orientado por ideologías políticas), a la dimensión subjetivismo/objetivismo (a su vez definido más bien por ideologías científicas). Pero, al mismo tiempo y quizá por ello, el campo "se caracteriza hoy más por la fragmentación que por la fermentación" (Rosengren, 1993: 9). Su diagnóstico no es finalmente muy optimista, aunque propone "combinaciones, comparaciones y confrontaciones":

Después de un periodo de fermentación en el campo (si es que alguna vez hubo campo en el sentido estricto de la palabra) parecemos haber terminado en la fragmentación y un amenazante estancamiento. Aquellos que esperaban confrontación y cooperación positivas tienen motivos para estar decepcionados. En vez de eso, parecen predominar una desganaada aceptación o indiferencia hacia tradiciones de investigación que no sean la propia. Tendencias como ésta pueden muy bien ser las causas principales de ese incierto *status* disciplinario que aún flagela a nuestro campo (*ibid.*: 14).

James R. Beniger, en "Comunicación-Adoptar el objeto, no el campo", el segundo artículo de *El futuro del campo*, parte de un diagnóstico bibliométrico que encuentra la comunicación en todas las disciplinas de las humanidades, las ciencias sociales, cognitivas, del comportamien-

to, de la vida, de la computación y hasta de las matemáticas. Sin embargo, cuestiona la constitución teórica del campo:

Aunque ninguna disciplina podría abarcar el rango completo de interés académico en la información y la comunicación, ciertamente cualquier campo organizado que se llame a sí mismo comunicación debería esperarse que ocupara un papel central. Lamentablemente el hecho ha sido el opuesto. El campo americano [*sic*] de la comunicación, al menos en su núcleo institucional de investigación y docencia, asociaciones y conferencias, libros de texto y revistas, no ha avanzado mucho hacia sus propósitos después de casi medio siglo (Beniger, 1993: 18).

Mediante un modelo de "cuatro Cs", Beniger propone una reconstrucción teórica centrada en el reconocimiento del objeto de estudio y no del campo institucionalizado. Las cuatro Cs refieren a la cognición, la cultura, el control y la comunicación.

Como una de las cuatro Cs, la comunicación no representa un *objeto [subject]* de estudio, o un fin en sí misma, sino un medio para otro fin —un *método* para integrar los conceptos, modelos y datos de muchas disciplinas. Todo comportamiento humano es instigado, configurado y constreñido por la información y la comunicación, después de todo, tanto desde su interior —por la socialización, percepción y cognición— como desde su exterior —a través de la interacción humana, la estructura social y las tecnologías (...). Reconstituido en términos del modelo y método implicados por las cuatro Cs, el campo no se concentraría tanto en las manifestaciones particulares de la comunicación. El campo se dedicaría en cambio a la comprensión más sistemática e integrativa de un conjunto mucho más amplio de fenómenos que son al mismo tiempo cognitivos, culturales, conductuales y sociales (*ibid.*: 21).

Esta propuesta de unificación teórica, como muchas otras antiguas y recientes, ubica la viabilidad de la re-

constitución del campo en decisiones subjetivas, en *conversiones* diría Kuhn, que resultan prácticamente imposibles por la organización misma del campo, como estructura social, sujeta a más factores que los puramente epistemológicos. Estos factores tampoco son ampliamente considerados por Robert T. Craig en el siguiente ensayo, "¿Por qué hay tantas teorías de la comunicación?", cuestión que explica por el borramiento de las fronteras teóricas entre las ciencias sociales y las humanidades, pero sobre todo por la creciente falta de distinción entre teoría y práctica, proveniente del creciente predominio de una epistemología que privilegia la función *constitutiva* sobre la *explicativa* en la teoría social (Craig, 1993: 31). Craig constata la dificultad de unificar teóricamente el campo y termina regresando a su punto de partida:

El diálogo en la disciplina avanzará conforme reflexionemos sobre los varios modos de teoría y sus sesgos y limitaciones característicos. Situado dentro de tal diálogo, el trabajo en nuestro campo no podrá sino comprometerse con los asuntos de interés más amplio en las ciencias humanas (*ibid.*: 32).

Klaus Krippendorff ofrece una reflexión de mucho mayor alcance sobre la misma línea en su artículo "El pasado del futuro esperado de la comunicación", partiendo de que casi toda la investigación de la comunicación ha estado orientada por el estudio de los mensajes, lo cual ha generado explicaciones "*objetivistas* e implícitamente *normativas*" (Krippendorff, 1993: 34), desde el origen del campo:

estudios que correlacionan variables del mensaje y efectos, indagaciones sobre la efectividad de diferentes diseños de mensajes, uso de teorías matemáticas para predecir cambios de actitudes por la exposición a los medios, etc. Ninguno de éstos considera a los participantes humanos en el proceso como entes capaces de arreglar sus propios significados, de negociar sus relaciones

entre ellos mismos y de reflexionar sobre sus propias realidades (*ibid.*: 35).

La emergencia del *constructivismo* en sus diversas modalidades para teóricamente volver a incorporar el conocimiento en los sujetos, puede tener para Krippendorff verdaderas consecuencias revolucionarias (en el sentido kuhniano de la revolución copernicana) al constituir un hito en la investigación de la comunicación que define una "nueva" oposición teórico-práctica:

No estoy anticipando que la investigación de la comunicación centrada en el manejo de los mensajes vaya a desaparecer. La gente que ocupa posiciones de autoridad está muy ansiosa por adoptar construcciones deterministas de la realidad que les pueden ofrecer el prospecto de forzar la predictibilidad y la controlabilidad sobre otros. Lo atestigua el uso del vocabulario de esta orientación en los medios masivos, la política, la educación, la publicidad, las relaciones públicas y la administración. Los investigadores de la comunicación se pueden refugiar en este cómodo nicho donde las explicaciones del manejo de los mensajes son reforzadas y los operadores de los intereses manipulatorios son recompensados (*ibid.*: 40).

La alternativa que presenta la epistemología constructivista y que puede llevar a una "nueva y virtuosa síntesis" según Krippendorff, tiene tres componentes: primero, considerar a los seres humanos como entes cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con otros; y tercero, "como interventores moralmente responsables, si no es que creadores, de las mismas realidades sociales en las cuales acaban viviendo" (*ibid.*: 40).

De alguna manera, el artículo de Brenda Dervin, "Verbizar la comunicación: cometido para la invención disciplinaria", profundiza y simplifica más, al mismo tiempo, el diagnóstico y la línea de desarrollo teórico-metodológico:

La mayor parte de las polaridades que dividen nuestro campo —teorías universalistas/contextuales, investigación administrativa/crítica, enfoques cuantitativos/cualitativos, micro/macro, teórico/aplicado, feminista/no feminista— son síntomas, no la enfermedad. Son pálidos indicadores de algo más fundamental. Y dado que lo que es fundamental nos elude, vemos por todas partes tanto tolerancia (cómoda aceptación del pluralismo teórico) como disensión (pugnas ideológicas y metodológicas). (...) La raíz aquí está en la cuestión de la diferencia —tanto las diferencias entre diversos sectores de nuestro campo como las diferencias esenciales de lo que estudiamos— las diferencias que caracterizan a los seres humanos, sus vidas simbólicas y sus productos simbólicos (Dervin, 1993: 45).

El tratamiento de la *diferencia*, para Dervin fuertemente desarrollado en las teorías de las prácticas comunicativas, se ha visto oscurecido por lo que la comunicación ha importado de otras ciencias sociales y humanas, lo cual es innecesario pues

Conforme vamos sofisticando nuestra comprensión del discurso, comenzamos a entender que incluso el acto metodológico de localizar la diferencia —el acto de diferenciar— es en sí una imposición de patrón. En suma, cuando diferenciamos, debemos poner la diferencia en alguna parte. En nuestro campo hoy hay dos sitios primarios: uno es en la cultura; el otro en la agencia. Superficialmente parecen ser dos movimientos metodológicos muy distintos. Pero desde el punto de vista de este ensayo se construyen de modos fundamentalmente idénticos. Ambos tratan la diferencia sin hacerlo (*ibid.*: 49).

Mediante la metáfora del verbo y el sustantivo, Dervin afirma que la influencia de otras ciencias sociales ha impedido recuperar la verbicidad, procesualidad en acción, de la comunicación: "fallamos al conceptualizar la diferencia como diferenciación, como un movimiento comunicativo, como una condición fundamental de la experiencia humana" (*ibid.*: 50).

Lo que importa más sobre la diferencia a lo largo del tiempo es que comienza a forzarnos a atender la diferencia como fundamental, no como un nombre sino como un verbo, como diferenciar. Al hacer eso podremos empezar a capitalizar el estudio de la comunicación. Con tal cambio nuestro campo podría volverse sobre sí mismo, porque las diferencias son diferencias *en* la comunicación; las diferencias adquieren existencia *en* la comunicación; las diferencias se rigidizan *en* la comunicación; las diferencias se salvan *en* la comunicación; y las diferencias se destruyen *en* la comunicación. De la misma manera, las estructuras que tratan de homogeneizar la diferencia, así como las que tratan de exponerla adquieren existencia *en* la comunicación; mantienen, rigidizan y desaparecen *en* la comunicación (*ibid.*: 51).

Finalmente, dice Dervin, nuestro campo ha hecho más que cualquier otro de las ciencias sociales para moverse de las "teorías y metodologías-sustantivo" a las "teorías y metodologías-verbo" (*ibid.*: 52), que es el movimiento que permite tratar las diferencias y deshacer las dicotomías no esenciales. En comunicación "sabemos mucho que no sabemos que sabemos" (*ibid.*: 52), por lo que la salida a la crisis del campo está en el interior de la propia disciplina.

El último de los artículos de *El futuro del campo* que conviene comentar aquí es el escrito por Gregory J. Shepherd, "Construyendo una disciplina de la comunicación", que plantea de una manera más radical aún esta cuestión. Parte de la idea de que las disciplinas no se definen por sus núcleos de conocimiento (epistemologías), sino por sus "visiones del Ser" (ontologías). El *status* disciplinario de un campo depende entonces del *status* ontológico de la "idea fundacional" de ese campo, y el campo de la comunicación carece de ese *status* debido a la idea de comunicación construida en el siglo XVII:

Lo que los campos de estudio que llamamos "disciplinas" tienen y la comunicación no, no son objetos más delimitados y cognoscibles, ni historias más largas de establecimiento del saber, ni compromisos metodológicos

compartidos para comprobar el conocimiento, ni algo así, sino ontologías únicas que proponen como materialmente esenciales al Ser, y un cuerpo de discípulos comprometidos con la naturaleza fundacionalista de sus creencias (Shepherd, 1993: 85).

Desde un planteamiento radicalmente posmoderno, Shepherd indica que la "insignificancia" de la comunicación tiene su origen en la derrota de los sofistas y en la generalización, hace 300 años, del postulado de la bifurcación materialista/idealista sobre la que se edificó la ciencia y la modernidad y que la *Royal Society* adoptó como su lema en 1622: *Nullius in verba*, las palabras son nada; no hay nada en las palabras.

Nuestro reto es responder a la visión modernista de un mundo bifurcado y la comunicación como inesencial de manera que legitime nuestros intereses. Nuestras opciones son básicamente tres: a) podemos aceptar la bifurcación y la visión de la comunicación de la modernidad, pero tratar de obtener legitimidad a través de la asociación al servicio de otras disciplinas (la respuesta indisciplinaria); b) podemos rechazar la bifurcación modernista aceptando la inesencialidad de la comunicación argumentando contra la legitimidad de toda idea esencialista (la respuesta antidisciplinaria); c) podemos negar la bifurcación modernista afirmando que la comunicación es fundacional y tratando de impulsar una ontología única de la comunicación (la respuesta disciplinaria). Cada una de estas respuestas está asociada a un conjunto particular de desafíos que tendrán consecuencias para el desarrollo del campo (*ibid.*: 88).

Aunque explícitamente no se inclina por ninguna respuesta de las tres posibles, el propio Shepherd está obviamente alineado con la tercera: la que niega la *tradicción* heredada de la modernidad, y en la que el campo disciplinario "no está enfocado sobre la efectividad ni organizado por el contexto. Más bien, el campo disciplinario investigaría el aterrizaje general del Ser en la comunicación y averiguaría los modos en que son

'comunicacionalmente' construidas las manifestaciones particulares de la existencia (como individuos o sociedades)" (*ibid.*: 90).

Si como indica el propio Shepherd, disciplina viene del latín *disciplina*: instrucción de discípulos, y los discípulos son instruidos en una doctrina, en la que son "indoctrinados" por los "doctores", la propuesta posmoderna para la legitimación del campo de la comunicación sobre la base de la construcción de una ontología propia (de la cual se derivara más una fe que un conocimiento) sugiere que la reflexión del campo académico sobre sí mismo parece regresar, por otra vía, al modelo de "comunidad científica" y de paradigma como "matriz disciplinaria" de Kuhn, y que, por tanto, su "reconstrucción racional", a la Lakatos, es imposible.

### *El ambivalente futuro del desarrollo dependiente latinoamericano*

Sin cambiar de tema, pero sí de escala espacial, cabe rescatar de la larga y detallada revisión de las trayectorias que a partir de 1960 ha seguido el estudio de la comunicación en América Latina, publicada hace un año (Fuentes, 1992a), algunas de las líneas de trabajo sobre las cuales parecen estarse desarrollando los avances más productivos en esta última década del siglo XX en el subcontinente.

Para ello, es necesario considerar el entorno más general en que nuestro campo de estudio ha ido concretando sus posibilidades. Los sistemas comunicativos e informativos y sus multidimensionales articulaciones con los sistemas económicos, políticos y culturales, tanto globales como nacionales y locales, han estado cambiando radical y aceleradamente en los años más recientes y sin duda lo seguirán haciendo. El campo de la comunicación, en este contexto, ha sido claramente rebasado, tanto en sus límites disciplinarios que acaban haciéndose pedazos, como en cuanto a sus recursos



académicos que se muestran cada vez más precarios para dar cuenta de las transformaciones en curso. Las dos grandes temáticas que impulsan esta apertura al futuro/ruptura con el pasado, son la de la *globalización*, que exige consideraciones macrosociales, sobre todo económicas y políticas, y la de las *identidades*, que remite a enfoques microsociales, especialmente políticos y culturales.

Vista desde ambos frentes, la comunicación ocupa un lugar central aunque no homogéneo: en la perspectiva "macro", dominada por la tecnología y su desarrollo, la comunicación es reducida a *información*; en la "micro", anclada en la vida cotidiana y su carácter simbólico, la comunicación se identifica con la *significación*. Por ello, más allá de los ocultamientos del saber inducidos por las corrientes "neoliberales" y "posmodernas", la conceptualización teórica y la práctica estratégica de la comunicación aparecen, también en América Latina, como el núcleo de uno de los desafíos prioritarios de las ciencias sociales en los noventa.

Pero hay que recalcar aquí que para el estudio de la comunicación en los países dependientes como los latinoamericanos, los imperativos científico-epistemológicos y ético-políticos son dobles: no sólo es necesario entender lo proveniente de los países hegemónicos, sino también lo que, desde la base de nuestras propias identidades, media nuestra posición en el mundo. De ahí la importancia de afirmar y extender los criterios de *pertinencia social* del trabajo académico, que han sido una constante entre las preocupaciones de los investigadores latinoamericanos desde los trabajos pioneros de Matelart, Pasquali, Verón, Beltrán y Freire. Pero también de ahí la importancia de afinar y extender los criterios de *rigor científico* que impidan caer nuevamente en los extremos discursivos ultraideologizados de los años setenta o en las sofisticadas metáforas hoy de moda. Algunas "pistas" para la "deconstrucción de la crítica y rediseño del mapa" orientador del campo, propuestas por Jesús Martín Barbero para "pensar la sociedad desde la comu-

nicación", señalan uno de los retos más sugerentes para el estudio universitario de la comunicación/cultura en América Latina:

Colocada en el centro de la reflexión filosófica, estética y sociológica sobre la crisis de la razón y la sociedad moderna, la problemática de la comunicación desborda hoy los linderos y los esquemas de nuestros planes de estudio y de nuestras investigaciones. El campo que hasta hace poco acotaban con nitidez las demarcaciones académicas ya no es más el campo de la comunicación. Nos guste o no, otros desde otras disciplinas y otras preocupaciones hacen ya parte de él. Necesitamos asumir el estallido y rediseñar el mapa de las preguntas y las líneas de trabajo. Pero al mismo tiempo la crisis económica y el desconcierto político hacen más fuerte que nunca la tentación involutiva en nuestros países (Martín Barbero, 1992: 31).

Resistir esa tentación de "volver a los sesenta", "simplificar" nuestras herramientas de trabajo y conformarnos con una neutral y eficientista concepción instrumental de la comunicación implica para los académicos latinoamericanos asimilar el "estado de la cuestión" en el mundo y alcanzar el nivel de *competencia académica* requerido para seguir el paso de evolución del objeto de estudio, pero al mismo tiempo, hacerlo con prioridades extremadamente precisas y recursos mucho más limitados que en los países centrales, comenzando por el *tiempo* socialmente disponible. Conviene entonces rescatar la importancia de la reflexión epistemológica, "frente al auge de las corrientes neo-positivistas y a la fascinación por las herramientas tecnológicas que las acompañan", como han señalado los Mattelart (1987).

De esta manera, en medio de la llamada "crisis de los paradigmas" de las ciencias sociales hacia las que se abre el estudio de la comunicación, parece ser indispensable reestablecer la discusión teórica pero, quizá a diferencia del "primer mundo", desde una perspectiva epistémica y referencial más amplia que el ámbito específico de la teoría.

Puede no ser demasiado ingenuo sostener que en América Latina debería ser posible emprender la formulación sistemática del conocimiento y el instrumental científicos disponibles para dar cuenta de la realidad comunicacional que nos circunda y nos atraviesa, asumiendo al menos tres lecciones que las décadas pasadas nos han dejado: que la teoría de la comunicación no puede elaborarse unidisciplinariamente, sino desde el *espacio conceptual de la sociocultura* en términos de totalidad histórica; que las herencias epistémicas positivistas, deductivistas y funcionalistas han de desmontarse críticamente para dar paso a lógicas más complejas y pertinentes al objeto, la *acción intersubjetiva*; y que la producción de conocimiento y el conocimiento producido no pueden desarticularse, por lo que los modelos a construir deberán ser elaboraciones teórico-metodológicas *operables y confrontables* con las prácticas concretas. De alguna manera, en términos de práctica científica, esta perspectiva está en consonancia con el análisis que Giddens y Turner hacen de *La teoría social hoy*:

...a lo largo de las dos últimas décadas ha tenido lugar un cambio espectacular. Dentro de la filosofía de la ciencia natural, el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de escritores tales como Kuhn, Toulmin, Lakatos y Hesse. En su lugar ha surgido una "nueva filosofía de la ciencia" que desecha muchos supuestos de los puntos de vista precedentes. Resumiendo decididamente esta nueva concepción, en ella se rechaza la idea de que pueda haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas en forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas. Estos desarrollos de la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en el pensamiento de la ciencia social, al tiempo que han acentuado el creciente desencanto respecto a las teorías dominantes en la "corriente principal" de la ciencia social. El resultado de tales

cambios ha sido la proliferación de enfoques del pensamiento teórico (Giddens y Turner, 1990: 11).

Podría decirse que, por caminos más relacionados con la *necesidad histórica* que con la reflexión epistemológica, las ciencias sociales latinoamericanas se han adelantado a esos movimientos y que, en ese contexto, la difícil y nunca consolidada constitución disciplinaria del estudio de la comunicación, que tantas desventajas nos ha acarreado, es precisamente la condición de posibilidad de su nuevo desarrollo dentro del proceso de establecimiento de una nueva síntesis para las ciencias sociales. El no haber tenido nunca la posibilidad, en América Latina, de convertirse en una "ciencia normal" a la Kuhn, es decir, de haber basado su desarrollo en torno a uno o varios "paradigmas", es lo que ahora proporciona la "movilidad" necesaria para seguir persiguiendo su objeto y *generando socialmente sentido sobre la producción social de sentido*.

En síntesis, reconociendo que la producción de conocimiento sobre la comunicación es en sí misma una *práctica sociocultural y comunicacional* determinada histórica y estructuralmente, la discusión teórica debería integrar a los investigadores comprometidos con el objeto comunicación, independientemente de sus adscripciones disciplinarias, así como las metodologías de la investigación de la comunicación integran conceptos e instrumentos desarrollados en otros sectores de la ciencia social. De esta manera, creemos que el campo de la comunicación, desde la teoría, debe construirse al mismo tiempo como un enfoque con identidad específica y abierto a los intercambios con otros enfoques sobre la sociedad y la cultura. En otras palabras, la relación con el debate teórico norteamericano y europeo debe ser compleja: hecha mediante convergencias y divergencias, rescatando las condiciones y propósitos comunes y priorizando las *diferencias*.

Pero la visión que reconoce el carácter dependiente de nuestras prácticas latinoamericanas de investigación de la

comunicación y desde ellas pretende avanzar en la *re-constitución* (o, en muchos sentidos, constitución por vez primera) del campo académico, se ve confrontada, con cierta fuerza en los últimos años, por otra visión, "primermundista" y por ello quizá más dependiente, del estudio de la comunicación justificada en el (innegable) desarrollo de algunas industrias culturales latinoamericanas, del cual se desarticularon la investigación y la formación profesional universitaria. Aunque se refiere específicamente a Brasil, la postura de José Marques de Melo no está aislada ni es ignorable:

Estamos viviendo una gran crisis. Nosotros nos legitimamos porque las profesiones fueron reglamentadas, las escuelas fueron establecidas en las universidades y continúan siendo implantadas en universidades públicas; hoy tenemos reconocimiento académico, mas es la enseñanza la que está en crisis, como también otros segmentos de la actividad universitaria. Yo diría que el principal síntoma de esa crisis es el distanciamiento de las escuelas de comunicación en relación a las demandas sociales. Esos cursos surgen por presión de la sociedad, mas en seguida cortan sus lazos con la sociedad, principalmente con las empresas del sector de la industria cultural. Eso se evidencia en los años 80 como consecuencia de la investigación-denuncia y un cierto estigma que se crea en las escuelas de comunicación en relación con la industria cultural. La industria cultural es "satanizada". Hay un distanciamiento cada vez mayor, en la medida en que las nuevas generaciones son formadas con un antídoto permanente en relación a la industria cultural. Es una contradicción brutal porque esas nuevas personas van a trabajar en la industria cultural, y sin embargo se crea en las escuelas un odio visceral en relación a ella (Marques de Melo, 1991: 52).

A pesar de que en diversos foros se ha planteado la preocupación por la creciente oposición entre ciertas opciones teórico-ideológicas y ciertas realidades de los mercados profesionales, no parece estarse acercando ningún consenso en América Latina al respecto, proba-

blemente por falta de consideración a factores estructurales más amplios o por la defensa de las posiciones alcanzadas discursiva y prácticamente a lo largo de muchos años. La resolución de esta "crisis", está claro, no vendrá sino de una *reconstitución* radical del campo, no menos radical que la que en el plano epistemológico ocupa a los norteamericanos.

Porque el campo académico de la comunicación en América Latina, como hemos afirmado en diversos trabajos anteriores (Fuentes, 1992b), se caracteriza por una *desarticulación múltiple*, cuyas consecuencias pueden resumirse, muy apretadamente, en tres cuestiones: primera, que la *investigación* ha recorrido ciertos trayectos que casi nunca se han intersectado con los caminados por la *docencia*, y por ende tanto el conocimiento producido como el proceso de su producción difícilmente se han integrado en la formación de los comunicadores universitarios. Segunda, que el conocimiento —teórico y especialmente el metodológico— desarrollado dentro y fuera de América Latina, no ha sido suficientemente confrontado en la *práctica social* por los profesionales de la comunicación, ni las profesiones han sido capaces de confrontarse con el conocimiento académico, sobre todo con el más estrictamente crítico. Ambas relaciones deberían cruzar el espacio de las escuelas de comunicación y no parecen hacerlo. En su lugar, si acaso, circulan las descalificaciones mutuas y las pugnas ideológicas, reforzando la escisión "teoría-práctica". Tercera, que la búsqueda de *legitimación académica* de la comunicación como disciplina autónoma, aislándola institucional y operacionalmente de las ciencias sociales (y de las naturales, y de las artes y de todo lo demás), ha llevado al efecto contrario: a la pérdida del impulso en la consolidación de su especificidad disciplinaria y al reforzamiento de la tendencia a reducir el estudio universitario de la comunicación a la reproducción de ciertos oficios profesionales relativamente establecidos.

Además de la reflexión y discusión *teóricas*, impulsadas por los investigadores y profesores, demasiado po-

cos en relación con el número de estudiantes, de instituciones y de problemas, parece hacer falta para avanzar en la rearticulación del campo académico una reflexión y discusión sobre las implicaciones de la comunicación desde el punto de vista *profesional*, aspecto sobre el que paradójicamente se conoce muy poco en las universidades latinoamericanas. En esta reflexión, la dimensión ética, más que la epistemológica o la económica, debería ser prioritaria. Probablemente esta dimensión pudiera confluir con lo que Lozano y Rota resumen al tratar de encontrar la posmodernidad entre los investigadores de la comunicación en América Latina:

El pensamiento latinoamericano se proclama como una práctica humanista y corresponde, en este sentido, a los ideales críticos de la modernidad. No obstante, aunque la investigación latinoamericana adopte el ideal moderno del académico como crítico social y agente del cambio social, rechaza cada vez más los supuestos filosóficos y teóricos de tal activismo (Lozano y Rota, 1990: 67).

De ese nudo de contradicciones aparentes y reales, de insuficiencias y obsesiones, se desprenden las consideraciones sobre la *viabilidad* concreta de la rearticulación esperada, una de cuyas claves esenciales está en la comprensión, y consecuente modificación, de los patrones de *institucionalización*, tanto cognitiva como social, del estudio de la comunicación en nuestras realidades.

### *La construcción de un futuro para el campo en México*

En 1969, el sociólogo norteamericano John McHale, siguiendo el estilo aforístico de "futurólogos" colegas suyos como Marshall McLuhan y R. Buckminster Fuller, publicó un libro estructurado alrededor de una especie de slogan que, completo, establecía que

El futuro del pasado está en el futuro

El futuro del presente está en el pasado  
El futuro del futuro está en el presente.

Aunque el contenido del libro enfatiza el desarrollo tecnológico como motor de la historia, puede ser interesante recuperar una idea central de la que McHale parte:

El futuro es un aspecto integral de la condición humana. El hombre sobrevive, únicamente, por su capacidad de actuar en el presente con base en su experiencia pasada considerada en términos de sus consecuencias futuras. Al asumir un futuro, el hombre hace soportable su presente y significativo su pasado. Pasados, presentes y futuros alternativos se entretajan en la anticipación y predicción de sus futuras acciones (McHale, 1969: 3).

Sin duda es inquietante, en el sentido de estimulante intelectualmente, el modo en que ciertas corrientes de la sociología y la antropología contemporáneas abordan el sentido colectivo del *tiempo*: como una construcción social que legitima ciertas versiones de la historia pasada y diseña ciertos escenarios futuros como deseables, probables o inevitables, y por tanto se constituye en un recurso esencial del poder. Por ello para pensar en la construcción de un futuro, es necesario recuperar, *reconstruir*, reformular el pasado.

El pasado del campo académico de la comunicación en México es tan breve que casi se confunde con el presente. Sus orígenes están tan cercanos a nosotros que la experiencia personal difícilmente los puede reconocer como pasado, puesto que siguen siendo, en muchos casos, memoria viva y, por lo tanto, presente. Por ello puede ser doblemente útil pensar que "el futuro del presente está en el pasado".

Pero "el futuro del futuro está en el presente". Quienes participamos en este coloquio nos unimos hace no más de tres décadas a este proyecto colectivo de instituir las ciencias de la comunicación en México. Hemos vivido la realización de algunos de nuestros futuros imaginados, la frustración de otros y, lo que es más importante, la



renovación y reformulación continua de los esenciales, que en no pocos casos constituyen el núcleo central de nuestra identidad. El propósito de este coloquio, discutir los temas centrales del campo académico de la comunicación en México para "reconfigurarlos reflexiva y re-constructivamente entre todos", invita a hablar sobre el pasado para ensanchar y solidificar, lo más que se pueda, el futuro de nuestro futuro.

Después de haber trabajado profesionalmente durante década y media en el campo académico de la comunicación, tanto desde una perspectiva "práctica" como con el afán permanente de enmarcarlo y explicarlo "teóricamente", sostenemos que en México, como en otros países, la reflexión de los profesores e investigadores académicos de la comunicación sobre sus prácticas ha sido un ejercicio constante, aunque no siempre sistemático: gran parte de los documentos producidos contienen observaciones, de distinto nivel y pertinencia, sobre el proceso, las condiciones y el significado del propio trabajo. No obstante, son relativamente escasos los estudios enfocados específicamente a la investigación misma. Sucede algo similar que con la teoría, la profesión o la enseñanza universitaria: en las reuniones académicas y en las publicaciones se encuentran caracterizaciones y diagnósticos de ellas, frecuentemente coincidentes en dos o tres rasgos, pero rara vez análisis de cierta profundidad, aunque esto ha ido cambiando significativamente en los últimos años. Sea porque la investigación, la teoría, la profesión y la enseñanza de la comunicación son consideradas tácitamente como estructuras transparentes; o tal vez, al contrario, por la dificultad de desentrañarlas, la autorreflexión *crítica* y *sistemática* no parece haber aflorado suficientemente.

No hay duda de que es la interrelación de muchos factores, algunos de los cuales conocemos bien, la que puede explicar, primero, el explosivo *crecimiento* del campo académico de la comunicación y la aceleración de su tasa de reproducción en los ochenta, a pesar de las adversas condiciones socioeconómicas. Después, los

determinantes de la *configuración* que ha ido adquiriendo y que prefiguran algunas tendencias de desarrollo futuro. Hay muchos factores sobre los cuales se conoce muy poco (por ejemplo, sobre los ejercicios profesionales) aunque es claro que, además de la desarticulación entre las principales estructuras del campo ya señalada, hay también una muy grande y creciente *heterogeneidad* entre los sujetos y entre sus prácticas en el campo mismo. Evidentemente, hay enormes "brechas" y fuertes divergencias entre los actores, que hacen engañosas y arriesgadas las generalizaciones, pero esa es otra razón para elaborar un análisis más riguroso y para basar la discusión sobre el concepto de "campo", en vez de, por ejemplo, el de "sistema".

El concepto de *campo* (cultural, intelectual, académico, educativo), que debemos a Pierre Bourdieu y a quienes lo han difundido, explicado y desarrollado entre nosotros, nos permite reconocer las tensiones y los desfases entre los actores que lo constituyen con sus prácticas, más que los ingredientes y articulaciones relativamente estables y homogéneos o las autorregulaciones con que un sistema preserva su identidad, esto es, su estructura. Y es que lo que intentamos enfatizar es el análisis del desarrollo sociocultural; no tanto el del crecimiento cuantitativo, ni tampoco el de la evolución estrictamente epistemológica. Por "campo académico" entendemos, entonces, a bastante más —de hecho otra cosa— que el conjunto de instituciones en que se estudia la comunicación a nivel superior. Incluimos en él a la teoría, la investigación, la formación universitaria y la profesión, y centramos el concepto en las *prácticas* que realizan actores o agentes sociales concretos —sujetos individuales y colectivos como nosotros— con el fin de impulsar proyectos sociales específicos: en este caso, *estructuras de conocimiento y pautas de intervención* sobre la comunicación social en nuestro país.

De ahí que cuando se especifica "campo académico", no es a las prácticas sociales de comunicación (masivas o no) a las que se hace referencia, ni a las instituciones

que se han especializado en su ejercicio y en su control social, sino a aquellas que toman a éstas como su referente, es decir, las que son realizadas principalmente por *académicos* (universitarios), con el propósito general de conocer, explicar e intervenir en la transformación intencionada de las prácticas sociales de comunicación. Hay otros campos (profesionales, políticos, científicos, empresariales, etc.) cuyas prácticas y objetos intersectan (a veces en confluencia, a veces en contraposición) con el campo académico, cuyas fronteras no están siempre bien definidas en las prácticas concretas y en la conciencia de los actores; pero ésta es precisamente otra de las condiciones centrales que nos permiten acercarnos conceptualmente por esta vía a su análisis sin deformar totalmente su realidad.

Por supuesto, las *prácticas académicas* son también prácticas sociales de comunicación, pero su especificidad se sostiene en la dimensión "meta-comunicativa" que constituyen para poder abordar sus propósitos de generación, difusión, promoción y reproducción de conocimiento sobre la comunicación, sólo una parte del cual tiene pretensiones científicas. Visto de esta manera, el campo académico de la comunicación es un espacio sociocultural específico, en el cual concurren actores sociales sujetos a las determinaciones y condicionamientos que definen su identidad y sus funciones sociales desde marcos mucho más amplios que los académicos por una parte y los comunicativos por la otra, pero que con su actividad, socialmente legitimada e institucionalizada, mantienen una cierta "autonomía relativa". El campo, finalmente, es un espacio de tensiones y de luchas por la "realización del capital cultural" puesto en juego, aunque también de inercias y de acumulaciones, abierto a las afectaciones "externas" provenientes de la dinámica sociocultural (histórica) más amplia en que se inscribe.

Parece indiscutible que el campo académico de la comunicación en México se origina en la carrera profesional que actualmente se imparte en más de cien insti-

tuciones de educación superior. Su *institucionalización* parte entonces de la licenciatura y casi se limita a ella, pues ni los posgrados ni los centros de investigación ocupan cuantitativamente un lugar significativo ni cualitativamente un papel central. Más bien, su existencia misma y su carácter siguen dependiendo en buena medida de las orientaciones de la carrera.

Varias veces he propuesto la idea del triple origen fundacional de la carrera, que me parece esencial revisar para analizar la *dimensión disciplinaria* de los estudios de comunicación, es decir, la articulación pedagógica de saberes y habilidades "objetivados" y "prácticos" (Orozco, 1990) de los que los sujetos deben apropiarse para constituirse en profesionales.

En México —y América Latina— han predominado sucesivamente tres *modelos fundacionales* para la formación de comunicadores, que de diversas maneras articulan en el currículo los saberes "recortados" como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales. Cada uno de estos modelos, a su vez, ha configurado de distintas maneras el núcleo operante de la comunicación como disciplina académica, sin que, no obstante, ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse ni profesional ni universitariamente. De hecho, puede considerarse que en la actualidad los planes de estudio responden más a una yuxtaposición de elementos de cada uno de los tres modelos, con énfasis diversos, sin una articulación claramente definida ni cognoscitiva ni socialmente (Fuentes, 1992b).

El más antiguo de los tres modelos, el de la *formación de periodistas*, es también el más fuertemente arraigado en las escuelas, aun en aquellas que fueron fundadas ya como escuelas de comunicación y no como de periodismo, que las antecedieron. Puede decirse que, más de cincuenta años después del mítico origen latinoamericano de las escuelas de periodismo en La Plata, Argentina, en la mayor parte de las instituciones, el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como

en la investigación universitarias están primariamente compuestos por representaciones —quizá cada vez más refinadas y por ello cada vez más exclusivas— de las prácticas periodísticas. Tres de los elementos constitutivos de este modelo son la prioridad de la habilitación técnico-profesional, el relativo ajuste a las demandas del mercado laboral y el propósito de la incidencia político-social a través de la "opinión pública". Este modelo fue inspirado originariamente por el célebre periodista norteamericano Joseph Pulitzer e impulsado por CIESPAL desde su sede en Quito (Nixon, 1974). En él la investigación se identifica con la indagación periodística y las ciencias sociales no son más que parte del "acervo de cultura general" que todo periodista requiere.

El segundo modelo, fundado en 1960 en la Universidad Iberoamericana, es el que concibe al *comunicador como intelectual*, desde una perspectiva humanística. El proyecto académico de Ciencias de la Comunicación (llamada por algún tiempo Ciencias y Técnicas de la Información), trazado por el jesuita José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de "un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana". La diferencia con las carreras de periodismo se planteó claramente desde el principio: el énfasis estaría puesto en la "solidez intelectual" proporcionada por las humanidades, ante la cual la habilitación técnica estaría subordinada, pero de tal manera que garantizara la capacidad para acceder, a través de los medios, a la transformación de la dinámica sociocultural conforme a marcos axiológicos bien definidos. Por ahí, al mismo tiempo, la carrera planteaba también la diferencia con otras, clasificadas bajo el rubro "ciencias sociales y humanidades", como filosofía y letras, historia, sociología o antropología, que aunque tuvieran equivalentes contenidos de formación intelectual, no ofrecían campo de desarrollo profesional más allá de la docencia y la investigación. Esta carrera prometía, en cambio, el

amplísimo horizonte sociocultural que parecían abrir los medios electrónicos.

Un tercer modelo de carrera se originó en los setenta, el del "comunicólogo" como científico social. Aunque no en todos los casos, sí en la mayoría de los diseños curriculares que adoptaron este modelo se sobrecargó la enseñanza de "teoría crítica", es decir, de materialismo histórico, economía política y otros contenidos "marxistas" y se abandonó prácticamente la formación y la habilitación profesional. Más allá de algunos casos notables de desarrollo de este modelo, llevado a su extremo más radical en unas cuantas universidades durante una época relativamente corta, hay un conjunto de rasgos muy generalizados asociados a él. Uno es el "teoricismo" y su reacción inmediata: el "practicismo", es decir, la oposición maniquea entre la teoría —que llegó a ser reducida a unos cuantos dogmas religiosamente consagrados— y la práctica —que a su vez se llegó a reducir a la reproducción de algunos estereotipos de los medios masivos—. La formación universitaria del estudiante de comunicación se llegó a plantear, si acaso, como una opción básica entre estas dos reducciones, obviamente irreconciliables. Otra de las consecuencias asociadas a este modelo fue, paradójicamente, la desvinculación entre las prácticas universitarias y la "reproducción" de la comunidad de investigadores. Los productos de la investigación latinoamericana, concentrados entre la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta en el imperialismo cultural, las políticas nacionales de comunicación, el nuevo orden mundial de la información y la comunicación, la comunicación alternativa y el impacto de las nuevas tecnologías, fueron, en algunos casos, incorporados a los contenidos "teóricos" y, por ende, desvinculados de la acción profesional y del desarrollo de las más elementales competencias metodológicas.

Por otra parte, uno de los aspectos indispensables para la legitimación de un campo académico es el desarrollo de la investigación y la *profesionalización avanzada* que, en relación con ella, promueven los posgrados en el área

de conocimiento propia. La investigación y los posgrados son así indicadores especialmente importantes del grado de institucionalización de un campo académico, pues en lo social implican el otorgamiento de recursos financieros y de reconocimiento oficial, escasos por definición, y en lo cognoscitivo una estructura teórico-metodológica e ideológica mínima compartida por los agentes del campo. En México, a pesar de la *hipertrofia* que ha sufrido la formación de profesionales, se han desarrollado desde los años setenta espacios relativamente importantes para la investigación y el posgrado, sólo superados en América Latina por los brasileños.

De cualquier manera, es claro que en ambos países las posibilidades de desarrollo del campo a través de la investigación y el posgrado están limitadas a unas cuantas instituciones, públicas y privadas, aunque sean un poco más en Brasil que en México, que destacan como "centros concentradores" de recursos académicos en el campo, cada vez más "distantes" y de alguna manera "dominantes" de la mayor parte de las escuelas del respectivo país. Por sus recursos docentes, resaltan en Brasil la Universidad de Sao Paulo (más de 200 profesores de tiempo completo) y en México la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (más de 75). A partir de aquí, es necesario subrayar que hay una relación doble entre plantas docentes e investigación, por un lado, y entre ésta y el carácter predominantemente académico de la producción de conocimiento, al menos la que puede documentarse como pública, tanto en Brasil como en México.

Seguramente la hipertrofia del campo generada por la expansión desmesurada de la matrícula de licenciatura y la *triple marginalidad* (Fuentes y Sánchez, 1991) que caracteriza a la investigación de la comunicación en México podrán ir siendo superadas en términos de la rearticulación del campo académico, sólo a partir de la consolidación de la *planta académica*, que tendrá que incrementar tanto su número como su calificación y reforzar su *profesionalización como personal académi-*

co. Los múltiples reajustes teóricos y prácticos, epistemológicos, económicos y éticos, que parecen indispensables, tendrán que integrarse sobre un marco reconfigurado de institucionalización, cuya orientación está en juego actualmente. Por ello, conviene discutir también, y buscar acuerdos, sobre el sentido básico de la reconfiguración posible.

Me atrevo a afirmar, en esos términos, que el futuro de nuestro futuro depende esencialmente del resguardo y reforzamiento del carácter universitario de nuestro trabajo, que no sólo tiene a la comunicación como objeto de estudio, sino como instrumento y vehículo fundamental. De la comunicación universitaria presente depende el futuro del estudio de la comunicación. Y para calificar esa comunicación presente, para evaluarla y orientarla, tenemos hoy sin duda mejores recursos que en el pasado, a pesar de todo lo que hemos perdido y de los obstáculos que nos hemos auto-impuesto, como si no fueran suficientes los que provienen del entorno y de la historia.

## Bibliografía

- Beniger, James R.(1993): "Communication -Embrace the Subject, not the Field" in *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol 43, núm. 3.
- Berelson, Bernard(1959): "The State of Communication Research" in *Public Opinion Quarterly*, vol 23, núm. 1.
- Bourdieu, Pierre(1988): *Homo Academicus*. Stanford University Press, California.
- Bourdieu, Pierre(1990): *In Other Words. Essays Towards a Reflexive Sociology*. Stanford University Press, California.
- Craig, Robert T.(1993): "Why are there so many Communication Theories?" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- Dervin, Brenda(1993): "Verbing Communication: Mandate for Disciplinary Invention" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- Fuentes Navarro, Raúl( 1991): *Determinaciones socioculturales del campo académico de la comunicación en México*. Pro-



- yecto de investigación para tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Guadalajara/CIESAS, Guadalajara.
- Fuentes Navarro, Raúl(1992a): *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*, FELAFACS, México.
- Fuentes Navarro, Raúl(1992b): "El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina" en *Diálogos de la Comunicación*, núm. 32.
- Fuentes Navarro, Raúl y Sánchez Ruiz, Enrique E.(1991): "Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México". *Huella*, núm. 17, ITESO, Guadalajara.
- Gerbner, George(1983): "The Importance of Being Critical -In Ones Own Fashion" en *Ferment in the Field, Journal of Communication*, vol. 33, núm. 3.
- Giddens, Anthony y Jonathan Turner, Eds.(1990): *La teoría social hoy*. Alianza/CNCA, México.
- Journal of communication*(1983): *Ferment in the Field*. vol. 33, núm. 3.
- Journal of communication*(1993): *The Future of the Field - Between Fragmentation and Cohesion*. vol. 43. núm. 3.
- Krippendorff, Klaus(1993): "The Past of Communication's Hoped-For Future" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- Kuhn, Thomas S.(1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. The University of Chicago Press, Chicago.
- Levy, Mark y Michael Gurevitch.(1993): "Editor's Note" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- Lozano, Elizabeth y Josep Rota(1990): "Encounters and Dissolutions -A Critical Reflection on Latin American Communication Research". Documento presentado en la XL conferencia de ICA, Dublín.
- Marques de Melo, José.(1991): "¿Modernidad o Anacronismo? El dilema de las escuelas de comunicación en Brasil". en *Diálogos de la Comunicación*, núm. 31.
- Martin Barbero, Jesús(1992): "Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad" en *Diálogos de la Comunicación*, núm. 32.
- Mattelart, Armand y Michèle(1987): *Pensar sobre los medios. comunicación y crítica social*. FUNDESCO, Madrid.
- McHale, John(1969): *The Future of the Future*. Basic Books, Nueva York.

- Melody William y Robin Mansell(1983): *The Debate over Critical vs Administrative Research: Circularity or Challenge* en *Ferment in the Field, Journal of Communication*, vol. 33, núm. 3.
- Nixon, Raymond B.(1974): "La enseñanza del periodismo en América Latina" en *Comunicación y Cultura*, núm. 2, Buenos Aires.
- Orozco Gómez, Guillermo(1990): "Formación de profesionales en comunicación: dos perspectivas en competencia" en *Ciencias de la Comunicación*. Serie Las Profesiones en México, núm. 5, UAM-Xochimilco, México.
- Rosengren, Karl Erik(1993): "From Field to Frog Ponds" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- Shepherd, Gregory J.(1993): "Building a Discipline of Communication" en *The Future of the Field, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.